

LA ACEDIA, TEMPLE ANÍMICO DE NUESTRA ÉPOCA



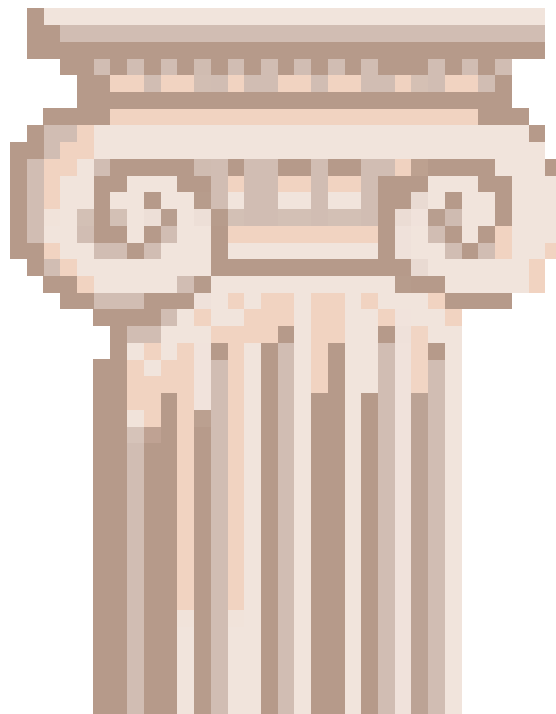
Hombres y mujeres con los ojos pegados a las nuevas ventanas, que son las pantallas electrónicas, en busca de formas de escapar de sus vidas, adonde sea.

AMALIA QUEVEDO

Olvidada largo tiempo, la palabra acedia ha vuelto a ponerse de moda. Tenemos una idea vaga de lo que significa, pero en nuestro interior prevalece la pregunta: ¿qué es eso de la acedia?

El diccionario de la Real Academia de la Lengua recoge dos grupos de significados: el primero define la acedia como «pereza, flojedad», y el segundo como «tristeza, angustia, amargura». Ya se ve que el acreditado diccionario no nos va a llevar muy lejos, como tampoco puede hacerlo cuando se trata de otros conceptos de calado filosófico y teológico; pero ofrece al menos un punto de partida.

El concepto de acedia es de origen griego: *akedía* significa negligencia. Pero los padres del desierto, los primeros eremitas cristianos, resignifican este vocablo griego, dotándolo de un sentido nuevo. La *akedía* cristiana, la acedia propiamente dicha, designa un fenómeno que se presenta en la vida de estos ascetas: el afán por salir de su celda, el abatimiento, el disgusto por la oración y el estudio, etc. De ahí otra definición que encontramos hoy, la de acedia como pereza religiosa.



la acedia, afirma Santo Tomás en la *Suma Teológica*, es una cierta tristeza que hace al hombre tardo para lo espiritual, en razón del esfuerzo corporal que comporta.

BOSQUEJO DE LA ACEDIA

Pocos conceptos se dejan rastrear en su origen como la acedia cristiana. Su aparición está ligada a un fenómeno religioso específico, enmarcada en un paisaje geográfico concreto, y situada en un tiempo particular. La acedia cristiana es hija del desierto. Aunque seguramente la precede una tradición oral, y aunque no hay que excluir que apareciera en escritos anteriores que hubieran sucumbido al fuego censurador o a los elementos, la acedia la encontramos por primera vez en las obras de Evagrio Pónico. En sus escritos, la incuria griega se transforma en algo nuevo.

Llamado así por ser originario de la región del Ponto, Evagrio nació no lejos de las costas del Mar Negro, en el seno de una familia cristiana en la que abundaban los clérigos. Vivió en la segunda mitad del siglo IV, conoció de primera mano la vida de ciudades pujantes como Constantinopla y Jerusalén, cultivó la amistad de hombres como Basilio y Gregorio de Nisa, y a un cierto punto se retiró al desierto de Nitria, al sur de Alejandría, para vivir como un eremita.

Muy riguroso ha de haber sido el retiro de Evagrio cuando entre los mismos anacoretas se lo conocía como «el solitario». Hombre de oración y penitencia, asceta convencido, Evagrio es también un agudo pensador y un escritor eximio. Dormía poco, se abstenía de comer fruta fresca y alimentos cocinados, meditaba caminando y recitaba incontables salmos. Murió en el año 399.

Sólo un puñado de escritos suyos ha llegado hasta nosotros. Por su filiación origenista, algunas obras de Evagrio fueron destruidas. Como advierte el escritor Carlos Jódar, no hay que olvidar que los libros sospechosos de herejía son altamente inflamables.

Además del influjo de Orígenes, los escritos de Evagrio acusan influencias platónicas, aristotélicas y, sobre todo, estoicas. Tanto por lo que conocemos de la vida de Evagrio, como por el contenido de sus obras, se nos antoja un gran santo. Pero la sombra de la condena origenista pesa implacable sobre él. Así

**lo vemos hoy:
el acedioso se
come las palabras
y recorta las
frases. Habla con
palabras a medias,
entrecortadas,
y escribe de
preferencia con
abreviaturas y
sin respeto por la
puntuación y la
ortografía.**



que, para preservar las obras del Pónico se recurre a un ardid: atribuir las a san Nilo de Anicura. Camuflados entre los escritos de este santo abad, los textos de Evagrio pudieron circular durante siglos.

En un opúsculo titulado *De los ocho espíritus de malicia*, Evagrio considera ocho tipos de tentaciones y adjudica cada una de ellas a un demonio particular, como es usual en la tradición que hunde sus raíces en Orígenes. Estas ocho tentaciones son en su orden: la gula, la lujuria, la avaricia, la ira, la tristeza, la acedia, la vanagloria y el orgullo. La acedia ocupa el sexto lugar, después de la tristeza, y es definida por Evagrio como una «atonía del alma», una lasitud.

LA ACEDIA TRISTEZA

En la pluma de los escritores cristianos, los ocho *espíritus de malicia* de Evagrio se condensaron en los célebres pecados capitales, y tanto el elenco general como el contenido de cada uno de ellos se fue transformando con el tiempo.

Zanjada por su autoridad, la lista del Papa Gregorio se impone a partir del siglo VII. Sólo siete pecados capitales, entre los que no figura ya la acedia: ésta ha sido incluida en la tristeza.

Siglos más tarde, Tomás de Aquino emprende la elaboración teológica de la doctrina de San Gregorio. En la pluma del Aquinate, la inclusión de la acedia en la tristeza adquiere la forma lógica de la especie respecto al género: la acedia es ahora una especie de la tristeza. La acedia, afirma Santo Tomás en la *Suma Teológica*, es una cierta tristeza que hace al hombre tardo para lo espiritual, en razón del esfuerzo corporal que comporta. La acedia se apena ante el bien espiritual, por el esfuerzo físico que entraña, pues o bien resulta laborioso, o molesto para el cuerpo o estorba el placer.

En esta tradición, la tristeza conserva el rango de pecado capital, cabeza de otros, mientras que la acedia pasa a estar sujeta a él. Subsumida bajo la tristeza, la acedia sigue siendo un pecado; pero goza de cierto prestigio, al ser la tentación propia de los monjes y clérigos que se dedican al estudio.

LA ACEDIA PEREZA

Paralela a la tradición donde la acedia es engullida por la tristeza, hay otra corriente que la asimila a la pereza. Ambas se han mantenido hasta nuestros días, y aparecen reflejadas en la definición con la que abrí estas páginas.

Cuando apareció por primera vez en las obras de Evagrio, la acedia era la tentación de los anacoretas, de los ascetas del desierto. Poco después invadió los monasterios, y finalmente se extendió a los laicos, a la gente común. Y es en el vasto mundo de la cultura popular, donde la acedia se va perfilando como pereza, mientras que en los círculos escolásticos, masculinos y cultos, se decanta hacia la tristeza.

Para el laicado, la acedia como tristeza de los bienes espirituales no representa una amenaza. Otra cosa es la acedia pereza, que afecta a los bienes materiales y acarrea consecuencias sociales. Con su nueva valoración del trabajo, la burguesía naciente estigmatiza la acedia pereza como el peor de los vicios.

También las mujeres acusan ahora la acedia; de hecho, la hilandera que duerme junto a la rueca se convierte en la representación típica de la acedia, tanto en la iconografía como en las canciones populares.

EL DEMONIO MERIDIANO

Evagrio Póntico es sin lugar a dudas el padre de la acedia. Ningún escritor ha superado su caracterización de este fenómeno, que él calificaba de «pensamiento maligno», algo así como lo que hoy llamamos tentación. Y a cada pensamiento maligno: la gula, la lujuria, etc., corresponde un «espíritu maligno».

El de la acedia no es otro que el célebre demonio meridiano o mesembrino, que aparece en la Biblia de los Setenta como el azote o la peste que devasta al mediodía (Salmo 90/91). El demonio de la acedia, al que también se llama demonio meridiano -escribe Evagrio-, es el más pesado de todos. Ataca al monje hacia la hora cuarta (las diez de la mañana) y extiende su



es el entusiasmo por lo posible, y la indiferencia por lo real; la ilusión por el futuro y el hastío del presente; el amor a lo lejano y el desprecio por lo que nos rodea.

asedio hasta la hora octava (las dos de la tarde). Primero hace parecer que el sol apenas se mueve o incluso que se ha detenido y el día tiene cincuenta horas. Luego hace que el monje fije sus ojos continuamente en la ventana, lo empuja a salir de la celda para mirar la posición del sol y ver si se acerca la hora novena (la de la comida), y lo hace mirar en derredor a ver si viene algún hermano. Nuevamente le inspira entonces disgusto por el lugar donde se encuentra, por la vida que lleva, por el trabajo manual.

El pobre ermitaño o el monje del desierto, debilitado por las inclemencias del tiempo, por ayunos, viglias y penitencias, es atacado por la acedia en las horas en las que el sol pega más

fuerte y el tiempo parece no transcurrir. En su celda, el acidoso siente que las horas no pasan, se aburre, intenta distraerse mirando por la ventana y sale luego a comprobar la posición del sol, impaciente por la llegada de la hora de comer; aprovecha entonces para mirar en torno suyo y ver si puede charlar con algún hermano que, como él, haya salido de su retiro.

Al hombre que ataca, el demonio meridiano lo impulsa a desear otros lugares, donde pueda hallar más fácilmente lo necesario, y pueda practicar un quehacer menos arduo y más próspero. Añade a esto el recuerdo de sus parientes y de su vida anterior, le muestra qué larga es nuestra existencia, poniendo ante sus ojos las fatigas de la ascesis. Emplea todas sus armas para que el monje abandone su celda y huya del combate espiritual.

EL VERDADERO ROSTRO DE LA ACEDIA

Tanto en la tendencia que se inclina a asimilar la acedia a la tristeza, como en aquella que tiende a confundirla con la pereza, la dimensión de inestabilidad de la acedia, de inquietud y desasosiego, se eclipsa en favor de su dimensión inercial, de abatimiento y desgana. Una y otra

tanto en la tendencia que se inclina a asimilar la acedia a la tristeza, como en aquella que tiende a confundirla con la pereza, la dimensión de inestabilidad de la acedia, de inquietud y desasosiego, se eclipsa en favor de su dimensión inercial, de abatimiento y desgana.

dejan ver tan sólo una cara de la acedia. Evagrio Póntico, sin embargo muestra la acedia en todos sus aspectos y despliega toda su riqueza.

En el opúsculo *De los ocho espíritus de malicia* Evagrio traza un incomparable retrato de la acedia: el primero en la historia, y uno nunca superado. La acedia es una atonía del alma. La nube pobre en agua es arrastrada por el viento; la mente sin perseverancia, por el espíritu de acedia. El espíritu de acedia hace salir al monje de su morada. El acedioso pretexto visitar enfermos, pero lo que busca es sus propios fines. El monje acedioso, pronto para prestar un servicio, tiene por ley su propia satisfacción. Una brisa leve dobla la brizna de hierba, la fantasía de viajar arrebatada al acedioso. El monje que va de un lado a otro es como una espiga en el desierto; sólo se queda quieta por poco tiempo, y una vez más es agitada sin que lo quiera. El enfermo no se satisface con un solo alimento, ni el monje acedioso con una sola ocupación. Al lujurioso no le basta una mujer, y al monje acedioso no le basta una celda.

El ojo del acedioso se fija en las ventanas continuamente y su mente imagina que llegan visitas: la puerta gira y él salta fuera; tan pronto como oye una voz se asoma a la ventana, y no se mueve de allí hasta que, sentado, se entumece. Cuando lee, el acedioso bosteza mucho, se deja llevar fácilmente por el sueño, se refriega los ojos, se estira y, quitando la mirada del libro, la fija en la pared; pero vuelto de nuevo a leer un poco, se fatiga inútilmente repitiendo el final de la palabra, cuenta las páginas, calcula los párrafos, desprecia las letras y los ornamentos y finalmente, cerrando el libro, lo pone debajo de la cabeza y cae en un sueño no muy profundo; y luego, poco después, el hambre le despierta el alma con sus cuitas. El monje acedioso es flojo para la oración y jamás pronunciará las palabras completas; como el enfermo no llega nunca a cargar un peso excesivo, así tampoco el acedioso se ocupará con diligencia de los deberes hacia Dios: a aquel le falta la fuerza del cuerpo, éste ha perdido el tono del alma.

Con singular penetración psicológica ha trazado Evagrio el retrato de la acedia, esa peculiar atonía o lasitud del alma, transida por una tensión interior: apática y frenética a la vez, somnolienta y curiosa, letárgica e inestable.

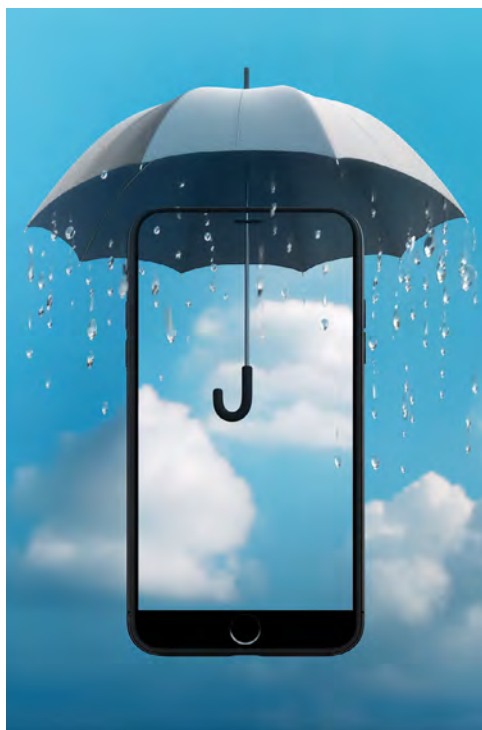
Kierkegaard se dio cuenta de que en el pensamiento griego hay conceptos que albergan en su seno la contradicción. También Hegel lo vio. Y Derrida, que acudió al ejemplo del *phármakon*, medicina y veneno a la vez. Pero lo cierto es que en las metamorfosis que sufrió la acedia, esto cayó en el olvido. La acedia fue reducida a un concepto plano, de una sola cara. Todo el frenesí que había en ella, la agitación, la curiosidad, se eclipsó en favor del otro factor que la configuraba: la languidez, la lasitud, la atonía, entendida ora como pereza, ora como tristeza.

LA ACEDIA, TEMPLE ANÍMICO DE NUESTRA ÉPOCA

No puedo detenerme ahora en lo que significa para Heidegger el temple anímico; digamos que es un estado de ánimo, pero constitutivo. Él vio, en el aburrimiento, el temple anímico propio del periodo de entreguerras. Yo quisiera proponer, como temple anímico de nuestra época, la acedia. Pero no la acedia desvaída que ha llegado hasta nosotros, la del diccionario y la comprensión habitual, sino la acedia originaria, la evagriana. Propongo entonces una relectura de los textos de Evagrio que prescindan del contexto ascético y monacal. ¿Tiene acaso esa acedia originaria alguna conexión con la vida que llevamos hoy?

El Póntico insiste en que la acedia nos impele a salir de nuestra morada. Uno no aguanta la casa, no está tranquilo ni a gusto en ella, siempre quiere salir. Las cuatro paredes lo oprimen. Cualquier pretexto es entonces bueno. El del monje, disfrazado de caridad, es visitar a los enfermos. Lo que cuenta es salir, con cualquier motivo. La sensación nos resulta familiar: la casa parece caérsenos encima, y cualquier excusa es buena para *largarse*.

También la fantasía de ir lejos arrastra al acedioso. Conocemos esta experiencia: viajes soñados, experiencias inéditas, inmersiones increíbles, lugares exóticos, escapadas audaces, encuentros inesperados, travesías llenas de aventura, sentimientos novedosos, percepciones sensoriales inusitadas... Nuestras ensoñaciones nos transportan más lejos de lo que ningún medio de locomoción podría llevarnos... Pero ¿quién no ha deseado alguna vez salir, romper, cortar, cambiar de ambiente, dejar atrás?



Ahora bien, ¿qué pasa cuando el acedioso no logra romper el encierro, burlar el cerco de la soledad, escapar al confinamiento? Evagrio lo describe en detalle: El ojo del acedioso está continuamente fijo en las ventanas, y su mente imagina que llegan visitas. La puerta chirría, y él salta afuera. Oye una voz, y se asoma a la ventana. Y no se aparta de allí hasta que, de tanto estar sentado, se entumece. La escena cotidiana de nuestra acedia no difiere en el fondo de la que pinta Evagrio; está simplemente transfigurada por la tecnología.

Al menor chirrido de la puerta, el acedioso de antaño brinca para salir. Veloz como el rayo, el acedioso de hogaoño salta para contestar la llamada que entra a su celular, y se precipita febrilmente sobre la menor notificación que aparece en su pantalla o se anuncia con un débil sonido electrónico. Esté donde esté, con quien esté, y haga lo que haga, el acedioso se sustrae para conocer de inmediato, cuanto antes, la reacción que suscitan sus fotos, sus comentarios, todo lo que ha publicado. O lo que han publicado otros, próximos y ajenos, conocidos y extraños. De esos extraños, la inmensa mayoría no sabe siquiera que el acedioso existe, ni se interesa por él: para ellos no es más que un número, anónimo, en la extensa lista de sus seguidores.

¿Y las ventanas? Hoy en día sólo vemos unos pocos viejos asomados a las ventanas. Pero antiguamente se ventaneaba. Así consiguieron novio muchas de nuestras bisabuelas: ventaneando un día y otro, durante años. Como en tiempos de Evagrio, los acediosos de hoy tienen los ojos fijos, como pegados a esas nuevas ventanas que son las pantallas electrónicas. (*Windows* no es un nombre casual). A través de las pantallas de nuestros artilugios en línea nos asomamos al mundo entero. Y como el acedioso del siglo IV sentado ante su ventana, también nosotros nos sentamos ante nuestras pantallas hasta quedar entumecidos.

El acedioso -observa Evagrio- es flojo y no dirá nunca las palabras completas de la oración. Lo vemos hoy: el acedioso se come las palabras y recorta las frases. Habla con palabras a medias, entrecortadas, y escribe de preferencia con abreviaturas y sin respeto por la puntuación y la ortografía.

El temple anímico de la acedia tiene su propia y gravosa temporalidad: todo tiempo empleado en aquello que no es lo que satisface al acedioso le resulta pesado, lento, cargante. Toda espera, exasperante. La acedia inspira aversión por el lugar, por la vida que uno lleva, por el trabajo. También este rasgo de la acedia nos resulta familiar. Hoy lo vemos magnificado, llevado a dimensiones insospechadas, gracias a las posibilidades inauguradas por la técnica y la tecnología. Es el entusiasmo por lo posible, y la indiferencia por lo real; la ilusión por el futuro y el hastío del presente; el amor a lo lejano y el desprecio por lo que nos rodea. *Chateamos* con alguien distante,

mientras ignoramos a la persona que nos habla al lado; nos sumergimos en nuestros teléfonos celulares y nos olvidamos del entorno. Soñamos despiertos, habitamos en medio de fantasmas, y nos nutrimos de simulacros.

Es evidente que ya no hay vuelta atrás, no es posible ni deseable regresar a un pasado pretecnológico. Y tampoco bastaría. La clave está en combatir la acedia, en el lugar y el tiempo que nos toque vivir: en un monasterio del desierto o en la fascinante y agitada Ciudad de México.

En este ineludible combate, a aquel que derrota la acedia mediante la perseverancia, Evagrio le garantiza nada más y nada menos que un gozo enorme y una imperturbable tranquilidad. </>

con singular penetración psicológica ha trazado Evagrio el retrato de la acedia, esa peculiar atonía o lasitud del alma, transida por una tensión interior: apática y frenética a la vez, somnolienta y curiosa, letárgica e inestable.



La autora es doctora en Filosofía por la Universidad de Navarra y ensayista.